

# OPORTUNISMO Y FANTASÍA: EL TENIENTE LUIS SORELA EN EL REINO DE RIABBA

## OPPORTUNISM AND FANTASY: LIEUTENANT LUIS SORELA IN THE KINGDOM OF RIABBA

*Miquel Vilaró i Güell*

Cuando el 19 de febrero de 1877 el cadete de Marina Luis Sorela Guaxardo-Faxardo, de 18 años de edad, fue diagnosticado por el equipo médico que lo examinó de padecer una grave «afección sifilítica» dio comienzo un largo proceso que lo llevaría a pedir continuas licencias para restablecer su salud<sup>1</sup>. Esas bajas temporales en el servicio y la adjudicación de puestos de escasa relevancia en la retaguardia le permitieron disponer de tiempo más que suficiente para poner sus innegables dotes intelectuales al servicio de su promoción personal, dando como resultado el perfil de un marino que supo acreditar su valor y avanzar en el escalafón militar, hasta alcanzar el grado de general de brigada, sin haber participado nunca en un acto de guerra. Como motor para este impulso, contó con una gran ambición personal, respaldada en todo momento por las influencias de una familia de recio abolen-go militar<sup>2</sup>. Como primer trampolín, supo sacar provecho de su magnificada excursión a las alturas de Riabba en la isla de Fernando Poo, donde departió

---

<sup>1</sup> Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona, mvilarog@gmail.com. Código ORCID: 0000-0003-1491-1529.

Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (en adelante AGMAB). Expediente personal de Luis Sorela Guaxardo-Fajardo. Caja 629/1174. Legajo 730. Parte médico firmado por Rafael Grau, médico mayor del Cuerpo de Sanidad de la Armada.

<sup>2</sup> Su padre, Luis Sorela y Maury, y su abuelo, Luis Sorela y Carcaño eran caballeros pensionados de la Real Orden y distinguida Orden de Carlos Tercero y Gran Cruz de la Americana de Isabel la Católica. Su padre lo inscribió como aspirante de Marina con tan solo dos años de edad. Su abuelo, fallecido en 1847, llegó a ser secretario de Estado y del Despacho de Hacienda durante el Trienio Liberal. Su abuelo materno, Agustín María Guaxardo y Faxardo, había sido comisario general de la Legión Auxiliar Británica al servicio de España (de aquí que su madre fuera natural de Gibraltar). Su madre poseía un rico patrimonio. AGMAB. Caja 629/1174. Legajo 730. Partida de nacimiento de Luis Sorela Guaxardo-Faxardo, fechada en la parroquia de San Sebastián, el 17 de mayo de 1858. El neófito había nacido cuatro días antes, el 13 de mayo.

en misión oficial con el botuco Moka, el rey bubí invisible en el imaginario de los colonizadores españoles.

## 1. UNA LICENCIA TRAS OTRA

Conforme al comentario que figura al margen de una instancia, elevada por el teniente Sorela a la reina regente para pedir una nueva licencia de cuatro meses por sufrir «ataques espasmódicos convulsivos», el 25 de abril de 1886 (pocos meses antes de iniciar su periplo en Guinea), este había disfrutado de «un mes de licencia en mayo de 1876, un mes y diecinueve días de febrero a abril de 1877, un año sin sueldo de noviembre de 1880 a igual mes de 1881, y once meses y veintiún días, por igual concepto, de noviembre de 1881 a febrero de 1882.

Durante estos largos periodos de anuencia, el joven Sorela supo aprovechar el tiempo para emprender constantes viajes por España y el extranjero, incluida una prolongada estancia en Jerusalén. En 1882, con apenas 24 años y recién casado<sup>3</sup>, era ya un verdadero hombre de mundo. Su talante cosmopolita y espíritu viajero se vieron acrecentados a finales de este mismo año, cuando fue nombrado ayudante del capitán general de Puerto Rico, por petición expresa de este mando<sup>4</sup>. A los pocos meses de su estancia en la isla caribeña, le fue otorgada por el gobernador (el capitán general Miguel de la Vega Inclán) una licencia por enfermedad para Saratoga, en Estados Unidos, en la que aprovechó el viaje de ida para visitar Haití y Cuba. No es de extrañar, pues, que cuando Sorela pidió a su superior un mes más de prórroga para permanecer en el estado de Nueva York (cuando ya había expirado el plazo de su permiso) con la intención de suplicar, mediante instancia al ministro de la Guerra, un año de excedencia sin sueldo para poder establecerse en la ciudad de Nueva York, el crispado gobernador mandara con celeridad una comunicación a Madrid recomendando que no se atendiera a su petición y se le ordenara el retorno inmediato a la península, pues «muy pocos fueron los servicios prestados por dicho oficial a sus inmediatas órdenes, por haberle concedido licencia por

---

<sup>3</sup> Sorela contrajo matrimonio con la sevillana María de los Reyes Massanet y Söel el 27 de marzo de 1882. El matrimonio duró poco más de un año, ya que su esposa falleció en Córdoba, el día de Navidad de 1883.

<sup>4</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Oficio del Negociado 1.º del Ministerio de Infantería de Marina dirigido a Manuel de la Vega Inclán (en realidad, su nombre era Miguel), fechado el 27 de octubre de 1882. A todas luces, este destino lo obtuvo por recomendación de alguno de sus influyentes familiares. Ya en 1878 había intentado por dos veces obtener un traslado a Filipinas a través de su tío, el conde de Mansilla, finalmente denegado.

enfermo para Saratoga, en cuyo uso se hallaba excedido por no haberse incorporado»<sup>5</sup>.

La contundente negativa del gobernador a tenerlo cerca por más tiempo frustró su sueño americano y le obligó a regresar a Madrid en mayo de 1883, no sin antes pasar por Inglaterra y Francia. En mayo de 1884, consiguió una «residencia ilimitada sin sueldo para España y el extranjero», regresando enseguida a París, para pasar a Berlín a finales de año. Tanto en la capital de Francia como en la de Alemania se matriculó en varios de los cursos que ofrecían sus respectivas sociedades geográficas.

## 2. SU APUESTA POR ÁFRICA

El primer fruto de su apuesta por medrar en la Armada sin pegar un tiro, y sin desmerecer en el álbum familiar, fue la redacción de un breve opúsculo de apenas 46 páginas, que mandó publicar en París (sufragando él mismo la edición) en junio de 1884<sup>6</sup>, bajo el título *Les possessions espagnoles du Golfe de Guinée. Leur présent et leur avenir*. Es de suponer que publicar en francés, la lengua diplomática de mayor rango, tal cúmulo de vaguedades e ideas erróneas sobre una colonia que desconocía por completo daría a su ensayo, a juzgar por la buena acogida que tuvo por parte de sus superiores, un tinte de obra seria, escrita por un marino políglota, que forzosamente tenía que ser docto en la materia. Así, después de una introducción prometedora, en la que confiesa que el objetivo de sus «modestos esfuerzos» no es otro que dar a conocer a los hombres emprendedores e inteligentes las riquezas potenciales que España poseía en sus islas del Golfo de Guinea, Sorela no ofrece otra cosa que una mala síntesis de lo que ya se había dicho durante el I Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado Madrid a finales del año anterior<sup>7</sup>, sobre determinados aspectos de geografía física o demografía, poniendo énfasis en los postulados de Joaquín Costa y José Montes de Oca sobre los beneficios materiales que podrían obtenerse de las abandonadas posesiones africanas si se emprendía de una vez por todas la

<sup>5</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Nota del Negociado primero de Infantería de Marina, fechada el 3 de abril de 1884.

<sup>6</sup> Sorela cursó la instancia para una excedencia por asuntos propios el 7 de mayo de 1884. El permiso le fue concedido a la mañana siguiente, lo que indica que su opúsculo lo redactó y mandó publicar en poco más de un mes.

<sup>7</sup> Todo apunta que Sorela siguió las sesiones del Congreso, celebradas en Madrid del 4 al 12 de noviembre de 1883.

colonización y se hacían respetar los derechos de España en la zona<sup>8</sup>; todo ello aderezado con los tópicos sobre Fernando Poo aportados cuarenta años atrás por el padre Usera, a quien Sorela presenta como el primer español experto en la lengua indígena<sup>9</sup> (sin olvidarse de citar, *en passant*, la autoridad del misionero John Clarke en esta materia), o las breves peroratas sobre los bubis y sus presuntas realezas y extraños ceremoniales contenidas en la obra del médico y cónsul británico en Santa Isabel, Thomas J. Hutchinson, *Impressions of Western Africa*, publicada en 1858 (Hutchinson, 1858: 186-202). Para realzar en algo el sello propio, añadió algunos datos facilitados por el ministro de Marina y de las Colonias de Francia, de quien recibió «la más favorable acogida y cuantos datos me fueron precisos, a pesar de carecer yo de carácter oficial». Durante su estancia en París también se codeó, gracias a su apellido, con el embajador de Francia en España, Pierre Paul Cambon, con quien se las dio de experto en temas coloniales al facilitarle, en más de una ocasión, pormenores sobre los intereses hispanos en África (Sorela, 1901: 27). Es decir, Sorela demostró en fecha bien temprana poseer buenas dotes para la lisonja y el arte del plagio, un ardid que permite a algunos académicos dárseles de sabios apelando a lo que ya han dicho otras voces, presentadas siempre como las más autorizadas (sobre todo si son extranjeras), sin aportar nada nuevo y propio, o peor aún, presentando como propio aquello que es apropiado.

Un hecho curioso, que coincide en el tiempo con la redacción y publicación de estas cuartillas, y que da cuenta de divertimentos poco acordes con el quehacer de un oficial de la Marina que se las daba de hombre de alcurnia, culto y experto en temas africanos, fue la reclamación por vía judicial, por impago después de más de un año, del abono de una multa de siete pesetas y cincuenta céntimos (más cinco pesetas de indemnización y abono de costas judiciales), «por daños en ganado cabrío, en pastos pertenecientes a Manuel Povedano», impuesta al teniente Luis Sorela por el juez de Chamartín de la Rosa en noviembre de 1883<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Especialmente plagiado aparece el artículo del gobernador José Montes de Oca sobre la colonización de Fernando Poo, publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (Tomo XV, segundo semestre de 1883, pp. 46-53).

<sup>9</sup> El padre Jerónimo Usera y Alarcón era autor de una curiosa *Gramática de la lengua ñano* (que él suponía que era la que se hablaba en Fernando Poo), que elaboró en Madrid cuando se encargó de la educación de Quir y Yegüe, dos crumanes que habían sido trasladados desde Santa Isabel a Madrid por el capitán Juan José Lerena en 1843 (Vilaró, 2018: 125-132).

<sup>10</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Reclamación por impago de multa por faltas del juez municipal de Chamartín de la Rosa contra el teniente de infantería de marina Luis Sorela, dirigida al ministro de Marina y fechada el 24 de noviembre de 1884.

### 3. ALEMANIA EN ÁFRICA

Desconocemos cómo terminó el asunto de las cabras, pero el éxito de su trabajo sobre el presente y el futuro de las posesiones españolas en el Golfo fue el preludio de un proyecto más ambicioso: *Alemania en África*, un ensayo que compuso durante su estancia en Berlín, y que mandó publicar en «la víspera de reunirse el Congreso» (Sorela, 1901: 30). Estar en el sitio correcto y en el momento preciso lo catapultó como especialista en colonialismo africano. En Berlín, tuvo ocasión de conocer a Stanley, de quien obtuvo algunas referencias sobre la isla de Fernando Poo, que raudo remitió, cual correspondiente *free lance*, al periódico madrileño *La Época*. En la capital alemana tuvo también la oportunidad de responder a un artículo publicado por el lobby judío en su periódico *Berliner Tageblatt*, titulado “Denthland und Spanien”, sobre los derechos alemanes en los territorios del Muni, pretendidamente bajo soberanía española. Desde *Germania*, el órgano del Partido Católico Alemán, Sorela contraatacó con el artículo “Spanien und Denthland”, una réplica que no solo invertía los términos del titular, sino que contrarrestaba, «según benévola opinión de personas autorizadas y la de la prensa alemana (que acogió siempre con indulgencia mis modestos trabajos), las ideas expuestas por el periódico Judío» (Sorela, 1901: 30).

Si la obrita anterior la había publicado en francés para que sirviese, según dejó escrito, «de base» en las reclamaciones de la Corona frente a Francia en la delimitación de sus respectivos territorios en el Golfo de Guinea; esta a seguir la redactó en castellano porque su fin no era otro que instruir a aquellos «compatriotas» interesados en el porvenir colonial de España sobre la ejemplaridad y buenos resultados de la colonización alemana, contemplados «desde las políticas iniciadas por el Gran Federico Guillermo, Elector de Brandeburgo, hasta la seguida por el Canciller Príncipe de Bismarck»; sin más fin que destacar los crecientes y certeros movimientos de Alemania en África; para así despertarlos del letargo y hacer que se sumaran a aquellos pocos que creían que España debía defender sus derechos coloniales en el Golfo de Guinea. En eso, el joven Sorela siente que su voz puede estar a la misma altura que las bregadas opiniones de Joaquín Costa, José Montes de Oca, Francisco Coello y demás miembros de la Sociedad Geográfica de Madrid y de la recién fundada Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. Sin embargo, la lectura de tan prometedor ensayo no aporta nada que pueda calificarse de útil y novedoso para despertar de su somnolencia el ímpetu colonial español, o para marcar líneas estratégicas frente a Alemania en unos territorios cada vez más en disputa. Lo único que permite intuir es que su autor se limitó a pasar a limpio y

presentar como propio el contenido de los apuntes tomados durante el curso que estaba siguiendo en la Sociedad Geográfica de Berlín, realizado, para darle mayor consistencia, con algunos documentos de rabiosa actualidad transcritos directamente en francés, como el cruce de cartas entre Bismarck y el embajador de Francia en Berlín sobre la necesidad de convocar una conferencia que marcara las reglas del juego entre las potencias en su expansión colonial africana. De otra forma, no se explica semejante popurrí de vaguedades, donde el autor yuxtapone a su antojo datos históricos, listas inconexas de colonizadores alemanes<sup>11</sup>, aspectos superficiales de la ocupación alemana del enclave de Angra pequeña, banalidades geográficas sobre Camerún, o una anodina exposición de la estructura de la Marina alemana. Todo ello organizado en capítulos sueltos y sin relación, hasta llenar 90 páginas.

El único mérito que podemos extraer de estas dos monografías es la capacidad de su autor para presentarlas en el momento justo y en el lugar adecuado, aprovechando el despiste general que sobre el tema existía en los centros de poder del Estado. En tan gran estima tendría nuestro teniente su gesta literaria, calificada en primera instancia por el subdirector del Ministerio de Marina como «una muestra indudable de aplicación a los estudios geográficos», que en junio de 1885 dirigió una instancia al rey Alfonso XII para proponer que desde el Ministerio de Marina se adquiriese «el mayor número posible de ejemplares» de ambos libros, con destino a las bibliotecas de la Armada, dada la utilidad que podría sacarse de «sus modestísimos trabajos» en la reclamación de los derechos de la Corona en el Golfo de Guinea<sup>12</sup>.

A los tres meses de concluida la Conferencia de Berlín, suponemos que en el Ministerio de Marina descubrir que en sus propias filas existía un experto en temas africanos con palmarés internacional dejaría boquiabierto a más de uno. Sin pararse a verificar ninguno de sus títulos, desde la Junta Consultiva se informó que el teniente de infantería de Marina, D. Luis Sorela Guaxardo-Faxardo era «miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid<sup>13</sup>, de la de Africanistas y Colonistas, y de la Sociedad Española de Historia Natural, además de

---

<sup>11</sup> En este listado incluye como alemana a la exploradora holandesa Alexine Tinne.

<sup>12</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Instancia de Sorela dirigida al rey Alfonso XII. Madrid, 17 de junio de 1885.

<sup>13</sup> Sorela solía exhibirse como miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid, pero lo cierto es que solo aparece como «socio de número» en 1885, y aún con una errata en su apellido (figura como Luis Sorela García Faxardo). Esta fecha coincide con su regreso de Berlín. Sus apellidos no se transcriben correctamente hasta 1887. En 1889, su nombre ya no aparece en la lista de socios, lo que indica la nula influencia en la Sociedad de su figura y de su gesta africana. Todo apunta que durante la conferencia mantuvo cierto trato con el conde de Benomar, representante español en la Conferencia, y con Francisco Coello, presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid, quien actuaba de asesor y había acudido acompañado de sus dos hijos.

miembro corresponsal de las Sociedades Geográficas de Lisboa y Berlín, de la de Geografía Comercial de París y de la de Africanistas de Alemania»<sup>14</sup>.

Con un globo curricular tan hinchado, todo quedaba listo para que este paladín del oportunismo y la falsa modestia alzara el vuelo.

#### 4. LA MISIÓN AFRICANA

Tras pasar cuatro meses en Madrid, a su regreso de Berlín, que aprovechó para promocionar personalmente sus obras en determinados círculos intelectuales y entre miembros destacados de Marina y, muy especialmente, en la persona de la reina María Cristina<sup>15</sup>, Sorela fue obligado a reincorporarse por la Real Orden de 4 de septiembre de 1885, por la que, a raíz del conflicto de las Carolinas, se mandaba el reingreso inmediato de todos los jefes y oficiales en situación de permiso, siendo destinado al Departamento de Ferrol, a las órdenes de su tío, el general Lara. Según sus propias palabras, «...La Reina había siempre manifestado bondadoso interés por mis estudios y viajes, brindándome con su alta protección y aun reprochándome, benévola, el que yo no fuera a palacio con más frecuencia, repitiéndome, en distintas ocasiones que deseaba hacer algo por mí» (Sorela, 1901: 67).

Pocos meses duró su vuelta a filas, ya que una nueva tanda de «accesos espasmódicos convulsivos» le llevó a solicitar de urgencia una enésima autorización de cuatro meses para poder regresar a Madrid con el fin de restablecer su salud, según la instancia fechada el 25 de abril de 1886, a la que anteriormente nos hemos referido. En esta ocasión, la licencia concedida se acortó a poco más de un mes, dado que el 19 de junio se emitió una Real Orden por la que debía regresar al servicio, ahora bajo las órdenes del comandante de la estación naval del Golfo de Guinea y gobernador de la colonia, José Montes de Oca. El motivo de este corte brusco e inesperado en su baja por enfermedad no fue otro que la necesidad urgente de enviar sobre el terreno a un perito con idiomas para que realizara un estudio detallado de la organización de las colonias extranjeras establecidas en «la costa oriental, occidental y meridiana de

<sup>14</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Hoja de Servicios de 1º de julio de 1885 a 30 de junio de 1886.

<sup>15</sup> Sorela solía quejarse de «ser tratado oficialmente con notoria y tenaz indiferencia», cosa que no era cierta, dadas las recomendaciones que podía obtener gracias a sus influyentes familiares. Su principal mentor entre los altos cargos de Marina fue el almirante y senador Guillermo Chacón Maldonado, al que dedicó varias de sus obras. También mandó ejemplares firmados al almirante José M.<sup>º</sup> Beránger, por entonces ministro de Marina. Sin embargo, su apoyo incondicional fue siempre la reina regente María Cristina de Habsburgo, que conoció en 1881 a través de su tío, el general marqués de Torrelavega, por entonces jefe del Cuarto Militar del rey D. Alfonso.

África», una vez concluida la campaña exploratoria en Río Muni encargada a José Montes de Oca, Amado Osorio y Manuel Iradier, emprendida a finales de 1885 para reforzar la soberanía española en la región continental. Una misión, para la que Sorela, en vista de sus credenciales, resultaba el candidato idóneo, además de ser el único que había solicitado insistentemente (incluso al propio rey en persona) ser nombrado para una misión oficial y retribuida en África, alegando su falta de recursos para dar cumplimiento a este sueño por sus propios medios:

*Yo había solicitado en distintas ocasiones, como es público y notorio, el ser enviado á África, tocando todos los resortes, incluso el de acudir personalmente al Rey, pues claro es que, si bien mi afición al estudio, me había inducido á realizar mis trabajos anteriores bajo el punto de vista doctrinal, era superior a mis medios el realizar expediciones en África á mi propia costa<sup>16</sup>.*

Es decir, el cometido que Sorela, en un principio, debía realizar abarcaba la totalidad del continente africano y afectaba no solo a las colonias francesas e inglesas, sino también a las alemanas y portuguesas. Para ello, desde el Ministerio de Estado se mandó una circular a los embajadores de España en París, Londres, Berlín y Lisboa para que realizaran las gestiones oportunas frente a las autoridades competentes para que no se pusieran obstáculos y se prestasen los auxilios necesarios al teniente Luis Sorela en el desempeño de su misión<sup>17</sup>. El sueldo inicialmente propuesto para tan extenso y arriesgado cometido ascendía a «dos mil pesetas mensuales por el término de un año»<sup>18</sup>. Posteriormente, en un caótico trasiego de comunicaciones entre los ministerios de Estado, Ultramar y Marina se aclararon los términos de la confusa misión y el gigantesco proyecto quedó ajustado a una dimensión más humana y asequible: el itinerario se redujo a las colonias situadas en la costa occidental y el salario (alegando una confusión entre pesetas y reales) se rebajó a dos mil reales (500 pesetas) al mes durante un año. Al manifestar el gobernador de Fernando Poo que en la caja de la colonia no existían fondos para sufragar semejante estipendio, se dispuso que los pagos se realizaran desde los banque-

---

<sup>16</sup> Real Biblioteca del Palacio Real (RBPR). *Aventuras y desventuras: Ampliación a mi hoja de Servicios*. Luis Sorela y Guaxardo. Comunicación dirigida a la reina regente M.<sup>a</sup> Cristina. Madrid, 13 de julio de 1901.

<sup>17</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del Ministerio de Estado al embajador de España en París, fechada el 21 de octubre de 1886.

<sup>18</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del Ministerio de Estado al ministro de Marina. Madrid, 12 de noviembre de 1886.

ros del Tesoro en Londres<sup>19</sup>. Los retrasos en los cobros hicieron que Sorela tuviera que avanzar importantes cantidades para afrontar los gastos. En esta, como en muchas otras ocasiones «con una generosidad sin igual me había ayudado mi buena madre a sufragar» (Sorela 1901, 80). Especialmente peliagudo le resultó cobrar los haberes correspondientes a su expedición en Fernando Poo, que tuvo que reclamar insistentemente porque, al no estar contemplada entre los objetivos de su misión, establecidos en la Real Orden de 1.º de octubre de 1886<sup>20</sup>, sino que esta se había llevado a cabo por una decisión personal del gobernador interino de la isla, no resultaba claro qué ministerio debía abonarlos, si el de Marina, por ser Sorela miembro de este cuerpo; si el de Estado por ser el que le comisionó, o si el de Ultramar, por ser el que afrontaba los gastos del Gobierno General de la colonia<sup>21</sup>. Desde el Ministerio de Estado se informó al de Ultramar que no costaba que se hubiera formalizado «nombramiento ni comisión alguna por este centro al Señor Sorela»<sup>22</sup>.

En el trasfondo de todo el asunto se situaba la necesidad de dar un impulso definitivo a la colonización, ante las amenazas de Francia y Alemania de no considerar los derechos de España en el continente por falta de ocupación efectiva, según lo acordado en la Conferencia de Berlín. Tras casi treinta años de continuos fracasos, solo un experto políglota y autor de reconocidos ensayos sobre el arte de colonizar, como el teniente Luis Sorela, sería capaz de reportar las claves de los sonados éxitos de las demás potencias colonizadoras. No parece que nadie reparara en que este nuevo Iradier era un joven de 28 años que no había pisado nunca tierra africana<sup>23</sup>. Antes se le encomendó una comisión preliminar en Portugal ante la Sociedad Geográfica de Lisboa, con el fin de recabar datos sobre la colonización portuguesa en África.

<sup>19</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del Ministerio de Estado al ministro de Marina. Madrid, 30 de noviembre de 1886.

<sup>20</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Instancia de Luis Sorela al ministro de Ultramar. Madrid, 7 de marzo de 1888. La instancia viene acompañada de un certificado del administrador de caudales de la colonia

<sup>21</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Comunicación del Ministerio de Ultramar al ministro de Estado. Madrid, 18 de marzo de 1888.

<sup>22</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Comunicación de la Subsecretaría del Ministerio de Estado al ministro de Ultramar. Palacio, 3 de abril de 1888). En su reclamación, Sorela exigía percibir el sueldo que le correspondía desde el 19 de enero de 1887, fecha de su salida de Madrid, hasta el 16 de diciembre de este mismo año. Es decir, reclamaba prácticamente los haberes de un año completo. Según el administrador de caudales de la colonia, Sorela tenía derecho a 5.600 pesetas de sueldo más 6.000 de sobresueldo (AGA. A-G. C 81/7068. Certificación del administrador de caudales de la colonia. Santa Isabel, 16 de diciembre de 1887).

<sup>23</sup> En el foro *todoavante.es*, que trata de la historia naval de España y de los países de habla española, figura que a su regreso de Puerto Rico fue nombrado ayudante del general Martínez Campos, comandante en jefe del ejército estacionado en Marruecos. En ningún lugar de su expediente personal hemos podido constatar que asumiera este cargo, ni ninguno parecido, a su regreso de Puerto Rico, sino que a los pocos días de su vuelta «se le concedió residencia ilimitada sin sueldo para España y el extranjero», licencia que aprovechó para fijar su domicilio primero en París y después en Berlín. La ayudantía en Marruecos no la asumió hasta inicios de la década siguiente.

## 5. PREPARATIVOS Y LOGÍSTICA PARA UNA EXPEDICIÓN EN EL CORAZÓN DE ÁFRICA

Aunque su quehacer en Lisboa le ocupó tan solo el mes de agosto, su embarque hacia el Golfo de Guinea no se produjo hasta el 11 de febrero siguiente, cuando fue pasaporteado desde Lisboa a Dakar en el buque correo francés *L'Equateur*<sup>24</sup>. Durante este largo compás de espera, Sorela fue autorizado para tener «libre acceso a las dependencias del Gobierno», a fin de recabar los datos previos que considerase de interés para el estudio que se le había encargado. Asimismo, se cursó una orden al Ministerio de la Guerra para que desde sus correspondientes parques de Madrid se le proporcionasen los objetos incluidos en una lista elaborada por él mismo para llevar a cabo su misión. Así, artillería debía proporcionarle dos rifles wíchester con su dotación de municiones; sanidad, un botiquín de campaña en forma de mochila; y la administración militar, una tienda cónica reformada con cabida para ocho personas, dos bombas marineras de achique, tres sillas de tijera, un velador rectangular y otro circular, tres catres de campaña con colchonetas y ropa de cama y dos tiendas de abrigo<sup>25</sup>. Al final, Sorela renunció a la tienda cónica reformada por no reunir las condiciones necesarias, al velador rectangular por no hallarse construido, y a uno de los catres por encontrarse en mal estado. También renunció a las colchonetas y a la dotación de ropa de cama al comprobar su falta de existencias en las dependencias del Ejército<sup>26</sup>. Tampoco pudo admitir la tienda de campaña debido a sus grandes dimensiones, por lo que la sustituyó por una tienda de marquesina cuadrada.

Todo ello equivale a decir que nuestro solitario Livingstone partió hacia su *grand tour* africano con dos rifles y su munición, un botiquín, una tienda de marquesina cuadrada de general de brigada y otra de abrigo, tres sillas de tijera, un velador redondo, un par de catres sin su dotación y dos bombas marineras, pertrechos que fueron remitidos directamente a Fernando Poo (sin que Sorela los revisara) en cuatro cajas cerradas vía Canarias<sup>27</sup>, excepto la tienda y los rifles, que él mismo acudió a recoger y llevó consigo. Asimismo, dado el

---

<sup>24</sup> En el buque *L'Equateur* coincidió con el explorador Brazza, comisario francés en Gabón, a quien el Gobierno francés había puesto al corriente de la misión de Sorela durante su estancia en París.

<sup>25</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del Ministerio de la Guerra al ministro de Marina. Madrid, 23 de noviembre de 1886.

<sup>26</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del Cuerpo de Infantería de Marina al ministro de Marina. Madrid, 22 de diciembre de 1886.

<sup>27</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Acuse de recibo de las cuatro cajas. Santa Isabel, 15 de junio de 1887.

carácter científico que quiso agregar al cometido meramente administrativo y comercial de su expedición, desde el Ministerio de Fomento se le facilitaron algunos instrumentos para este fin, entre ellos una cámara fotográfica con los accesorios para el revelado y material diverso para la conservación y envío de colecciones de zoología y botánica.

A su regreso, cuando devolvió el material al Ministerio de la Guerra, notificó que ni la tienda de abrigo, por su forma y dimensiones inadecuadas, ni el velador ni las sillas de tijera, por su mucho peso, lo mismo que los cañones, le habían prestado servicio alguno. Tampoco el botiquín de campaña había respondido «en manera alguna» a la índole del viaje que había emprendido. En cuanto a la tienda de marquesina, si bien «había resistido perfectamente los fuertes tornados y lluvias torrenciales» y había servido de refugio para todos los expedicionarios, incluidos los bagajeros africanos, durante ciertos episodios meteorológicos extremos, su mucho peso cuando se mojaba había sido motivo de insubordinación de los porteadores por negarse a cargarla. Así de bien pertrechado, por merced del Ministerio de la Guerra, anduvo nuestro marino para enfrentarse a aventuras tropicales en aquellos años de calma tensa que precedieron al gran desastre de 1898. Un comentario del propio Sorela al ministro de Marina nos informa de sus conocimientos previos sobre lo que era útil y necesario para un viajero llevar consigo en expediciones a selvas africanas:

*El material inservible no es por hallarse inútil, sino porque no responde al objeto de la misión que se me ha confiado, habiéndome visto obligado a dejar parte de él en Fernando Poo, por ser imposible el transporte en un país donde el viajero tiene que sacrificar muchas veces gran parte del material y efectos necesarios para evitar el fracaso de la expedición<sup>28</sup>.*

Por lo que parece, solo las carabinas wíchester le prestaron «verdadero servicio» para hacerse respetar cuando atravesó territorios plagados de «tribus salvajes» que, «llenas de pavor al ver el juego del sencillo mecanismo de este armamento, al que atribuían poderes diabólicos y misteriosos», renunciaron a hacerles daño<sup>29</sup>. Lo mismo espantaba cabras a tiro limpio en Chamartín que desprevénidos aldeanos en el África tropical.

<sup>28</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Comunicación del teniente Sorela al ministro de Marina. Madrid, 21 de mayo de 1888.

<sup>29</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Informe de los objetos de la expedición devueltos por Sorela al Ministerio de la Guerra. Madrid, 30 de enero de 1888.

## 6. HACIA EL PAÍS DE LOS BUBIS

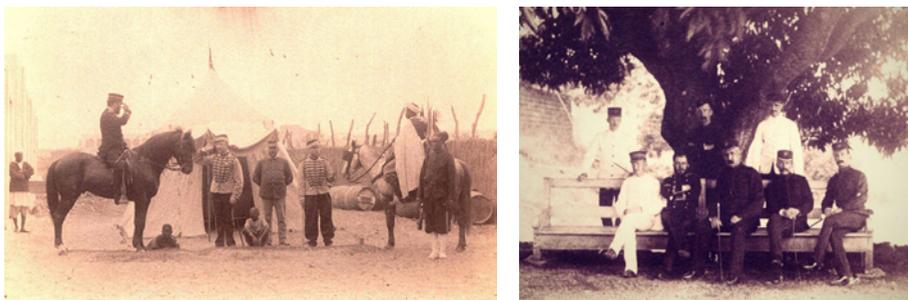
Los ocho meses que mediaron desde su partida de Lisboa hasta su llegada a Santa Isabel, procedente de Lagos, el 29 de octubre de 1887, a bordo del buque alemán *Anna Woermann*, Sorela los dedicó a recorrer las colonias francesas e inglesas situadas entre Saint Louis (Senegal) y Lagos (Nigeria), remontando ríos y visitando los principales enclaves comerciales al ritmo acelerado de las escalas que realizaban los diversos buques franceses e ingleses en los que se embarcó; visitas que alternó con estancias más prolongadas en Saint Louis<sup>30</sup>, Freetown, Monrovia (donde cayó nuevamente enfermo) y Lagos, dando como resultado una «voluminosa memoria» acerca del comercio, pesos y medidas, banca, sistemas monetarios, aranceles, movimientos aduaneros y estado de las comunicaciones marítimas, postales y telegráficas existentes en Senegal y Gambia, Sierra Leona, Liberia y Lagos, que a su regreso presentó al ministro de Marina, con la intención de que este la remitiera a su homólogo de Ultramar.

Al comprobar que su obra «permanecía cuidadosamente archivada», Sorela mandó publicar por su cuenta, en 1893, sus aspectos más significativos en un opúsculo de 49 páginas titulado *El comercio en el África occidental* (Madrid: Imprenta y litografía de los Huérfanos), en el que incluyó una oportuna dedicatoria al marqués de Comillas, presidente y gerente de la Compañía Transatlántica, con la propuesta de que fuera esta compañía la que iniciara «una acción seria y resuelta» para el desarrollo de un sistema comercial español en África, parecido al que practicaban determinadas grandes compañías extranjeras. Otro tanto hizo en *Notas de una misión en la República de Liberia*, una separata de 39 páginas de la misma memoria sobre la organización del único estado independiente de África, que poco después encargó imprimir en la misma editorial, dedicándola pomposamente al vicealmirante José María Beránger<sup>31</sup>. Asimismo, ofreció un extracto de su contenido en un par de conferencias, que dio en el Ateneo de Madrid y en el Centro del Ejército y la Armada.

---

<sup>30</sup> Durante su estancia en la capital de Senegal, las autoridades francesas pusieron a su disposición el aviso de guerra *La Cigale*, con el que remontó el río «hasta las últimas escalas». Al finalizar su misión en Senegal, fue autorizado para embarcarse en el aviso *Dakar* hasta la isla de Gorea y otros enclaves de dominio francés.

<sup>31</sup> Como objetivo último, Sorela pretendía que España colaborara en la lucha contra la esclavitud, dado que creía que la Sociedad Antiesclavista Española, fundada por él mismo, solo alcanzaría «fines prácticos» cuando las potencias coloniales implementaran un programa basado en la «acción diplomática, en la acción religiosa, en la acción militar y en la *acción comerciales*».



**Figura 1.** A la izquierda, el teniente Luis Sorela montado a caballo, saludando a un oficial de un escuadrón francés establecido en Saint Louis (Senegal). A la derecha, sentado con los brazos cruzados junto a oficiales ingleses del *West India Regiment* de Free-Town (Sierra Leone). A pesar de que su tarea era de carácter meramente comercial y administrativo, Sorela procuró en todo momento darle la apariencia de misión militar, apareciendo siempre en las fotografías con el uniforme de la Armada. Fuente: RBPR, Fot. 309.

El producto colonial que más le llamó la atención fueron las gomas arábicas<sup>32</sup>, que consideró uno de los cultivos coloniales con mayor futuro, razón por la que en Senegal acaparó distintas variedades de este polisacárido, que a su vuelta entregó al Museo Biblioteca de Ultramar y a la Cámara de Comercio de Barcelona<sup>33</sup>. En cambio, en relación al caucho, la goma que experimentó el crecimiento más espectacular en el África occidental a partir de la década siguiente, consideró que se trataba de una mercancía rara y que la existencia de grandes reservas en el interior era una mera presunción<sup>34</sup>. Sin embargo, los dos resultados que más han perdurado de este periplo son la compilación de objetos diversos que recolectó (básicamente utensilios, abalorios y prendas de vestir), estudiados y catalogados a mediados de los años cuarenta por Caridad Robles Mendo<sup>35</sup>, y conservados hoy en día en el Museo Nacional de Antropología (Santos, 2014: 240); y un revelador álbum de fotografías de su expedición, encuadernado con primor en cuero rojo y pomposamente dedicado «A S.

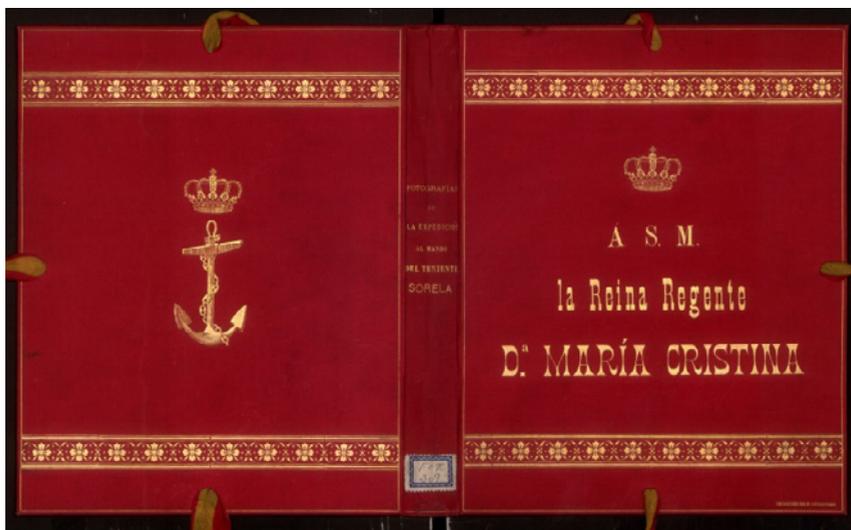
<sup>32</sup> Los usos de la goma arábica eran en el siglo XIX (y aún son) muy variados, e iban desde su uso como aditivo alimentario a su empleo en procesos industriales como tintes, colas y litografías.

<sup>33</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Carta de agradecimiento a Luis Sorela firmada por el secretario de la Junta de profesores del Museo de Ciencias Naturales y dirigida al ministro de Marina. Madrid, 22 de mayo de 1888.

<sup>34</sup> Fue precisamente en 1887, cuando John Dunlop inventó los neumáticos, que patentaría al año siguiente. De haber recorrido el Muni podría haber comprobado los pasos acelerados que Alemania estaba dando para explotar masivamente sus reservas de caucho, aprovechando el descuido español.

<sup>35</sup> Jefe de sección del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología. Véase: Robles Mendo, Caridad (1946): «Exploradores científicos de la Guinea». En: *Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología*, n.º IV, pp. 70-80.

M. la Reina Regente D.<sup>a</sup> MARIA CRISTINA», depositado actualmente en la Real Biblioteca de Palacio.



**Figura 2.** Álbum de las fotografías de la expedición del teniente Sorela a las colonias de África occidental dedicado a su gran protectora, la reina regente D.<sup>a</sup> María Cristina, en el que aparece el emblema de la Armada en la contracubierta. RBPR. Fot. 309.

## 7. EN EL PAÍS DE LOS BUBIS

La intención inicial de Sorela al recalcar en Santa Isabel no era otra que la de realizar una corta escala técnica y de descanso en territorio patrio, antes de proseguir su viaje de estudio hacia la conflictiva colonia francesa de Gabón, protagonista por entonces de un continuo rifirrafe soberanista con las autoridades españolas en la región del Muni. Para nada figuraba en sus propósitos realizar un recorrido por el interior de la isla y, mucho menos, cumplir con el encargo de visitar a un misterioso rey de los bubis, de quien no parece que tuviera la más mínima referencia antes de poner los pies en Santa Isabel. Prueba de ello es que, a su llegada, anduvo ocho días ocupado organizando sus apuntes y ordenando sus colecciones, sin dar aviso a las autoridades competentes. Seguramente, no contemplaría como una prioridad complimentar una visita inmediata a las dependencias del Gobierno al enterarse de que su titular, José Montes de Oca, se hallaba de baja por enfermedad, camino de España, y

que el gobernador accidental, el subgobernador de Elobey y comandante de la goleta *Trinidad*, Luis Navarro Cañizares, se encontraba de gira en aquella isla. Según él mismo relata en una misiva dirigida a su principal mentor, el almirante Guillermo Chacón, su permanencia en Fernando Poo se alargó por causas ajenas a su voluntad, ya que Navarro, fiel seguidor de la política de atracción hacia los bubis practicada por Montes de Oca, tenía la intención «de entrar en comunicaciones directas con el principal Botuko de la isla» y le consideró el emisario idóneo para cumplir con esta misión; para la que él se prestó gozoso<sup>36</sup>. Por otro lado, tampoco se la encomendó de inmediato, ya que la primera intención de Navarro fue aprovechar el inminente viaje de Sorela a Gabón para resolver un asunto pendiente en Mayumba que afectaba al súbdito español José María Galarza, del que el gobernador Montes de Oca no había podido ocuparse en su día «por falta de medios y enfermedad», aun tratándose de una petición expresa del ministro de Marina<sup>37</sup>.

Suponemos que nuestro joven teniente quedaría fascinado al tener referencias por boca del fantasioso Navarro de que el gran botuco Moka era un «Rey invisible para muchos de sus súbditos y desde luego para los Europeos»; un jefe que se ofendía con la vista del mar, tanto que ni aun pescado comía; un personaje del que se decía que se moriría en cuanto viese a un blanco<sup>38</sup>.

*En apoyo de la leyenda, el Sr. Navarro me manifestó que para tratar de ver á Moka ó sea el misterioso personaje, se habían intentado llevar a cabo tres expediciones. Una dirigida por Mr. Greffelh, misionero anglicano, otra por Herr Oscar Bauman, viajero Austriaco y otra por un oficial nuestro al mando de 200 hombres armados.*

*Resuelto el Sr. Navarro á saber a qué atenerse, iniciando una verdadera política de atracción hacia los indígenas, me propuso confiarme el mando de la cuarta expedición, ofrecimiento que yo agradecido acepté en el acto (Sorela, 1901: 46).*

Obviamente, la poca consistencia de una leyenda así no tardó en levantar suspicacias en un experto en trapicheos como él, que enseguida conjeturó que tanta bruma novelesca podía ser un simple ardid de los pueblos bubis próximos a Santa Isabel, temerosos de perder los beneficios que obtenían en sus

<sup>36</sup> *Revista antiesclavista*, n.º 16, febrero, marzo, abril y mayo de 1894, pp. 266-269. Misiva al almirante D. Guillermo Chacón. Madrid, 2 de junio de 1894.

<sup>37</sup> AGMAB. 629/1174. Legajo 730. Oficio dirigido por el gobernador accidental Luis Navarro al ministro de Ultramar. Santa Isabel, 12 de noviembre de 1887.

<sup>38</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Oficio del gobernador general interino al ministro de Ultramar dando cuenta de la salida de la expedición. Santa Isabel, 24 de noviembre de 1887.

transacciones comerciales con los habitantes de la ciudad si estos entraban «en relaciones directas con la gente del interior». Consecuentemente, juzgó que todo el cometido resultaría una excursión fácil, «una vez rebasados los territorios de los Botukos inmediatos». Y no se equivocó.

## 8. EXTRACTO DE UN DIARIO DE VIAJE

La versión, presuntamente extractada de su diario de viaje, que Sorela publicó en 1894 en la *Revista antiesclavista*, el órgano de la Sociedad Antiesclavista Española fundada por él mismo<sup>39</sup>, bajo el epígrafe «Una expedición al país de los bubis», constituye la fuente más citada, directa o indirectamente, sobre su breve estancia en «la corte de Moka»<sup>40</sup> (Vilar, 1970: 292-93; Pujadas, 1968: 258-261; García Cantús, 2004: 561-62; Fernández Moreno, 2013: 36; Siale, 2016: 178; Aranzadi, 2018: 96; Álvarez Chillida, 2020: 278; De Castro, 2021: 51-53). Los seis años transcurridos entre la efeméride y su proyección mediática no excluyen la posibilidad de que Sorela cargara su diario de viaje de tintas épicas, al comprobar el impacto que su gesta había causado en determinados círculos metropolitanos y los buenos dividendos que le estaba reportando en su peculiar carrera no militar<sup>41</sup>.

<sup>39</sup> Durante su estancia en París, a su regreso de Guinea, Sorela tuvo ocasión de conocer al cardenal Lavigerie, fundador de los Padres Blancos. En 1888, este prelado había iniciado una activa campaña en las principales capitales europeas contra la persistencia del tráfico de esclavos en África, que dio como resultado la fundación de la Liga Antiesclavista. Sorela le propuso, sin éxito por motivos de agenda, que acudiera a Madrid. No obstante, el cardenal le encargó que realizara las gestiones oportunas frente a la reina regente y el Gobierno para que España se adhirieran a los fines de la liga. Sorela aprovechó su buena relación con María Cristina para fundar, el 5 de mayo de 1889, la Sociedad Antiesclavista Española, en la que Antonio Cánovas del Castillo ocupó la presidencia y el marqués de Ripalda la secretaría general, mientras que él fue nombrado delegado general.

<sup>40</sup> *Revista antiesclavista*, n.º 16, febrero, marzo, abril y mayo de 1894, pp. 266-288. Una versión manuscrita de este mismo texto, de puño y letra de Sorela, puede encontrarse en AGA, A-G, C 7068. Este manuscrito lleva por título «Espedición al interior de la isla de Fernando Poo», en lugar de «Una expedición al país de los bubis», como figura en la *Revista Antiesclavista*. Puede consultarse su transcripción completa en García Cantús, 2004: 679-687.

<sup>41</sup> Ello no quita que, años más tarde, en 1901, los reclamara como méritos militares, utilizando de nuevo la influencia de la reina regente, a la que dirigió una voluminosa misiva en tono adulator y quejica, mecanografiada y encuadernada en cartón rojo con letras doradas, a la que puso por título *Aventuras y desventuras. Ampliación a mi hoja de servicios*. En ella, daba un amplio repaso a sus muchos infortunios por haberse dedicado a publicar de su propio bolsillo libros que dieron «a conocer nuevos mercados á la producción española», por haber fundado por cuenta propia sociedades «en las que figuran los nombres de mayor prestigio del País», y por haber presidido por su valía congresos «en los que mis colegas ocupaban los primeros puestos del Estado»; callando lo que le convenía y realzando los puntos que consideraba más meritorios, en aras a llenar de algo su expediente militar y ascender en el escalafón de la Armada (en el que se consideraba injustamente postergado), y así asegurarse un puesto en la carrera diplomática, que creía merecer por la gran utilidad de sus «ideales de trabajo», a los que con tanta vocación y sacrificio se había dedicado. No hace falta añadir que María Cristina pudo por fin hacer algo por él.

Al tratarse de una excursión no prevista en los planes de Sorela y organizada a propuesta del gobernador accidental, fue este quien se encargó de «velar hasta por los más pequeños detalles del viaje», entre ellos, contar con la colaboración de Joaquín Juanola, el misionero claretiano que mejor conocía los parajes del sudeste de la isla por haber recibido, en junio de aquel mismo año, el encargo de buscar un lugar idóneo para fundar una reducción católica en la bahía de Concepción, un cometido que le llevó a recorrer a conciencia aquellos parajes durante tres semanas, contando con el apoyo del finquero William Allen Vivour, un sierraleonés cuyos florecientes negocios con el aceite de palma y el cacao se extendían desde la bahía de San Carlos, en el lado oeste (en la que ya existía una misión católica), a la de Concepción, al este, razón por la que mantenía continuos tratos con los botucos establecidos a lo largo de ese corredor natural (Pujadas, 1968: 204).

La poca predisposición de los jefes del lado oriental a aceptar una sede misionera en Concepción (actual Riaba) hizo que su arranque se convirtiera, desde su fundación misma, en una tarea «espinosísima». En línea con los ingeniosos bulos que los bubis de las cercanías de Santa Isabel hacían correr en defensa de sus intereses, pronto circuló la voz de que los misioneros eran gente mala, que solo querían obtener niños para matarlos y comérselos (Fernández, 1962: 547). En este caso, dado lo macabro del infundio, peor aún que el síncope que podía causar en Moka la contemplación de un blanco, contar con el beneplácito y la complicidad de este invisible y poderoso botuco era tanto para Juanola como para Navarro una prioridad, y razones de más para las estrechas tragaderas del avezado teniente Sorela.

El gobernador interino quería entrar en relaciones directas con todos los botucos de la isla porque era consciente de que el contacto entre españoles y la población autóctona se limitaba «al escasísimo número de los más próximos» a la capital. En sus planes estaba servirse de ellos, sin intermediarios, en la construcción de caminos, el trabajo en las fincas y el aprovisionamiento de víveres para los nacientes núcleos urbanos<sup>42</sup>. Viendo como algunos finqueros fernandinos conseguían atraer trabajadores bubis a cambio de algunos bienes que les resultaban atractivos, como telas, hojas de tabaco, ron, etc., lo consideraba un objetivo relativamente fácil de conseguir, y más si se contaba con el beneplácito del «Gran Kokoroko»<sup>43</sup>, cuyo poder era «absoluto y casi sobrenatural».

<sup>42</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Oficio del gobernador general interino al ministro de Ultramar dando cuenta de intento de aproximación de jefes indígenas. Santa Isabel, 20 de noviembre de 1887.

<sup>43</sup> La estrafalaria locución «kokoroko» como sinónimo de botuco, muchucu o moitari, únicos términos válidos para designar a autoridades autóctonas, caló hondo en los documentos oficiales, y hasta en las revistas de geografía, lo que demuestra el grado de ignorancia existente entre los colonizadores respecto a la estructura de mando bubí. Según reconoció Juanola, «kokoroko» solo se podía traducir por «aguardiente» o «ron».

Resulta cuando menos llamativo, que un gobernador accidental como Navarro, que llevaba solo nueve meses escasos en la colonia africana (apenas dos en Santa Isabel)<sup>44</sup>, se tomara tan a pecho la idea de hacer visible al invisible (Plasencia 2017, 204) como medio más eficaz para el éxito de la política de atracción hacia los bubis, sin esperar a recibir el plácet desde Madrid, o la opinión favorable del gobernador titular José Montes de Oca, demostrando en este cometido ser más papista que el papa. Quizás influyó en su ánimo el considerar la expedición un reto muy beneficioso que se podía conseguir a un precio irrisorio (lo calculó en torno a las trescientas pesetas), pero no debe descartarse que Navarro viera en Sorela la oportunidad para colgarse él mismo una medalla.

La expedición se puso en marcha el 24 de noviembre, después de que todos los miembros participantes y el propio gobernador interino se reunieran en la iglesia para elevar sus preces «en demanda de la Divina protección y con repique de campanas», en un emotivo acto litúrgico oficiado por el propio padre Juanola. Navarro tenía mucho interés en que Mr. Gibney, representante de la casa inglesa John Holt, se integrara en la comitiva «por las relaciones comerciales que podría establecer directamente», pero la llegada de un cañonero inglés para repostar carbón se lo impidió, dado que él era el encargado del depósito de carbón que la escuadra inglesa poseía en Fernando Poo. Tampoco participó el viajero polaco Rogozinski, al que Navarro autorizó con ciertas prevenciones por tratarse de un personaje demasiado propenso a ir por libre y levantar sospechas de llevar a cabo actividades en contra de los intereses alemanes en Camerún<sup>45</sup>. A última hora, Rogozinski

---

<sup>44</sup> El teniente Luis Navarro Cañizares ocupó el cargo de comandante de la goleta *Trinidad* y subgobernador de Elobey del 12 de febrero de 1887 al 12 de octubre de aquel mismo año, cuando pasó a dirigir accidentalmente la Comandancia de la Estación Naval de Fernando Poo, en cuyo puesto se mantuvo hasta el 5 de febrero de 1888, cuando cesó y regresó a la península. Quince años antes, del 3 de noviembre de 1875 al 3 de junio de 1876, siendo alférez de navío, había sido destinado a Fernando Poo, donde, por decisión del gobernador Diego Santisteban, se hizo cargo interinamente del mando de la Goleta *Edetana*, con la que realizó algunos viajes por la costa de la isla. La mayor parte de su carrera militar la desarrolló en Cuba y Filipinas, escenarios en los que participó en numerosas acciones armadas. Murió en 1891 a los 42 años, siendo capitán. AGMAB. 620/829. Cuerpo general, asuntos personales. D. Luis Navarro Cañizares.

<sup>45</sup> Navarro consideraba a Stefan Szolc-Rogozinski un viajero ruso, cuando en realidad era un joven polaco. Algunos autores defienden la idea de que estaba en Fernando Poo, junto al meteorólogo Leopold Janikowski, en una misión destinada a valorar las posibilidades de establecer una colonia polaca en Camerún (Tofiño y Quesada 2020). En 1887 se publicó en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* una traducción, en dos entregas (enero y marzo) del artículo que L. Janikowski había publicado en el *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, donde este autor da rienda suelta a sus percepciones subjetivas, casi siempre muy negativas, de la sociedad bubi, basadas en buena parte en los tópicos que corrían por Santa Isabel. La figura de Moka aparece especialmente destacada como «el rey de la isla, es decir, el más antiguo cocoroco» (Janikowski, 1888: 203).

alegó encontrarse enfermo<sup>46</sup>. Finalmente, el triunvirato expedicionario integrado por Sorela y Juanola se completó con el oficial técnico de agricultura, industria y comercio de la colonia, José Aguirre y Montes de Oca<sup>47</sup>. Sorela debía ser consciente de la disparatada percepción subjetiva de Navarro sobre la invisibilidad del pretendido rey de los bubis y, de alguna manera, intuiría que el rédito futuro que podría sacar de la excursión estaría en correlación directa con el mantenimiento de este mito.

A pesar de que el acceso más fácil al valle de Riabba desde Santa Isabel era llegar en embarcación a Concepción y desde allí acceder a pie hasta las alturas donde residía el botuco Moka, en una caminata de no más de seis horas, Navarro, conocedor de que la parte oriental de la isla era la más poblada, planeó un itinerario por vía terrestre para llegar hasta la bahía, deseo de «aproximar a España el mayor número posible de jefes indígenas», a quienes consideraba «semi-autónomos». Su idea era utilizar los buenos oficios del botuco de Rebola<sup>48</sup> como primer contacto por ser el más próximo, para que este se encargara de alertar al botuco de Basupú de la llegada de la expedición, y después este asumiera la misma responsabilidad con su botuco vecino en la etapa siguiente, y así sucesivamente hasta cubrir todo el recorrido. En el tramo final recomendó a Sorela asegurarse a través de emisarios de la buena disposición de Moka en recibirlos, para «no dar un paso en falso y por exceso de celo y de éxito estropear parte de los resultados». Para atraer a estos jefes, tanto para ayudar a la expedición como para convencerlos de que debían acudir a Santa Isabel para conocer y departir con el gobernador, el «bueno botuco» dispuesto siempre a protegerles, creía que bastaría con que Sorela les entregara su carta de saludo y les ofreciera algunos regalitos de escaso valor, como «espejillos y pañuelos para las mujeres y caña y tabaco para los hombres», como él mismo había hecho con el botuco de Rebola<sup>49</sup>. El redactado estandarizado de la misiva, en la que Sorela solo necesitaba cumplimentar el nombre del kokorocando de turno en la parte superior de puntos suspensivos, eleva el afán de protagonismo y la ingenuidad de Navarro hasta el paroxismo:

---

<sup>46</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Oficio del gobernador general interino al ministro de Ultramar dando cuenta de la salida de la expedición. Santa Isabel, 24 de noviembre de 1887.

<sup>47</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Copia sin fechar de la autorización para realizar la expedición del gobernador interino al teniente Sorela.

<sup>48</sup> «Regola» en la documentación de la época.

<sup>49</sup> AGA. A-G. C 81/7068. Oficio del gobernador general interino al ministro de Ultramar dando cuenta de intento de aproximación de jefes indígenas. Santa Isabel, 20 de noviembre de 1887. Según Navarro, el botuco de Rebola se le presentó espontáneamente un par de veces en Santa Isabel junto con sus mujeres y algunos de sus jefes y subalternos, ocasiones que él aprovechó para agasajarlo con gran ceremonia y obsesuarle «algunas baratijas» (Navarro, 1888: 173-74).

*A mi querido amigo el kokoroko o botuko de ....*

*Salud y felicidad*

*Sabed que poseído de la mas grande amistad por vos y deseando tener vuestras visitas, para conoceros, ayudaros y quereros, y como me manda S.M. el gran Rey de España que tiene mucho afecto por sus vasallos todos el protegeros, os envió mi representante que lleva el baston de autoridad, con esta carta de saludo, que os expresará mis deseos, os explicará las ventajas que viniendo podeis lograr en vuestro comercio, como en vuestros disgustos, considerándome como vuestro Padre.*

*Recibid bien y escuchad y pensad en lo que os diga mi representante que os lleva de mi parte regalos de amistad.*

*Os saluda cariñosamente y os envía un abrazo paternal*

*El Gobernador*

*(Fdo. Luis Navarro)*

La parte más chusca de este documento, pretendidamente oficial, es que, cuando el gobernador interino lo redactó, el gran rey de España, que tanta protección debía brindar a sus súbditos africanos, era un bebé de poco más de un año sujeto a la tutela de su augusta madre, la reina regente, de la que se hace caso omiso. Obviamente, una estrategia tan pueril y autocomplaciente estaba abocada al fracaso. La expedición solo pudo alcanzar Rebola, después de haber acampado el día anterior en Basilé. En aquel punto, se encontró con las firmes reticencias del botuco a ofrecer guías, amparándose en que era «una empresa irrealizable por el mal estado de los caminos». Según Sorela, las negativas del botuco, «hombre astuto por excelencia», no eran más que excusas para no perder las ventajas que le reportaba su trato directo con los colonizadores, y las que conseguiría si lograba convertirse en el intermediario «entre la autoridad española y los demás pueblos bubis». Lo más llamativo es que Sorela aceptó sin mucha insistencia los pretextos del jefe bubí y reclamó a Navarro poder continuar el viaje por mar, según él, para no malgastar fuerzas y dejar sin cubrir «el principal objeto de la misión, que consistía en ver el misterioso soberano indígena». Seguramente, después de dos días escasos de marcha, tomaría consciencia de lo desagradable que le resultaba marchar a pie «por un camino de cabras á través del bosque», y calcularía el poco rédito a obtener de pasar por tantas penalidades, y más si al final fracasaba en el objetivo que prometía darle mayores dividendos.

Por más que Sorela se esfuerza en su diario en dar al trayecto en barca desde la «ensenada de Esibusile» hasta Concepción un toque de sacrificio, debido a las calmas que alargaron en más de dos días el viaje, lo cierto es que

a partir de aquí su aventura pierde cualquier fuelle épico, a no ser que en el suma y sigue de su valor cuenten los tornados o un fastidioso ataque de hormigas blancas, que ocasionaron contratiempos puntuales en la marcha de Concepción a Kutan, primero y último lugar de acampada en el «osado» ascenso al valle de Riabba. De nuevo, las reticencias del botuco de Kutan a proporcionar guías crearon algunas dificultades, pero el ojo experto de Sorela las remendó al apreciar que el punto débil de aquel jefe era su avaricia, a la cual supeditaba todos sus actos, razón por la que consideró que llegaría a ser «un auxiliar para nuestra política» si de cuando en cuando se alimentaba su codicia<sup>50</sup>. La última etapa de marcha fue, en palabras del propio Sorela, un paseo por el paraíso terrenal...

*[...] Donde cree uno hallarse en nuestras hermosas provincias pirenaicas: valles magníficos rodeados de majestuosas cordilleras, en las que no se ve un solo árbol en toda la extensión que abarca la vista; terrenos aptos para ensayar multitud de cultivos; temperatura agradable; todo, en fin, hace que se pueda considerar esa parte del país como un paraíso terrenal.*

## 9. EL SOLÍCITO MONARCA INVISIBLE

Una vez llegada la caravana hasta la residencia del mismo Moka, Sorela pudo comprobar que su instinto no le había engañado: ni una sola vez fue necesario enfrentarse a tribus salvajes por ningún motivo. Antes lo contrario: los botucos les acogieron en sus aldeas, les proporcionaron guías y se hicieron cargo de los bagajeros que cayeron enfermos. Cuesta poco imaginar la mezcla lógica de recelo y curiosidad que deberían sentir aquellos jefes indígenas frente a unos personajes tan estrafalarios llegados de sopetón, que repartían regalitos y les brindaban protección en nombre de un rey desconocido que vivía allende los mares, a la par que se les pedía que acudieran a la capital a visitar al «Gran Botuko de Santa Isabel» y que colgaran en sus poblados un paño rojo y gualda en el extremo de un palo, no sin antes estampar la huella de su dedo

<sup>50</sup> Navarro compartía con Sorela la idea que, en su mayoría, los jefes bubis eran «cacicuelos viciosos y sobornables por unas botellas de aguardiente ó unas hojas de tabaco». Para utilizar su supuesta codicia como método eficaz para «crearles necesidades y ambiciones» y atraerlos al proyecto colonial español, Navarro llegó a proponer que se asignaran «a Moka regalos por valor de 200 pesetas cada trimestre, y de 50 á su heredero, y á cada uno de los botucos de Rebola, Basuari y Kutari al E., y al de Batete en la bahía de San Carlos, que son los principales entre todos». Navarro estaba plenamente convencido de que toda la isla se encontraba sujeta a «la influencia y la autoridad plenamente reconocida de Moka» (Navarro 1888: 176).

pulgar en un papel lleno de palabras, que no podían comprender, como prueba de su aceptación y fidelidad.

Donde Sorela menos erró fue en su conjetura de que la invisibilidad de Moka era una patraña más de las que los pacíficos bubis de las cercanías de Santa Isabel inventaban para sacar alguna ventaja de su contacto forzoso con los blancos. Moka no solo salió a recibirles a cara descubierta sino que se mostró el botuco más campechano y obsequioso de cuantos nuestro teniente había conocido. Los espléndidos banquetes con cordero y gallinas, acompañados de bailes, a cargo del anfitrión; y los regalitos, salvas de fusilería, luces de bengala, entrega oficial de banderas y las muchas ganas de impresionar mostrando artilugios modernos por parte de los huéspedes, acompañado todo ello de pláticas amistosas, sonados brindis y grandes promesas de amistad futuras por parte de unos y otros hacen que el relato de los tres días que Sorela permaneció compartiendo con Moka se parezca más a una de esas mini vacaciones multiaventura que tanto gustan hoy en día a ciertos jóvenes intrépidos que a una misión diplomática de alto riesgo. La gallardía de estos aventureros suele mermar cuando muestran sus fotografías y la diferencia entre lo vivido y lo contado se enfrenta con el testimonio crudo de las imágenes. Con Sorela sucede algo parecido: las fotografías de Moka, reunidas en el presuntuoso álbum que entregó a la reina regente desmienten por completo las falacias sobre su figura y porte, unas alzas que, en todo caso, se agregaron para engalanar el relato fantasioso sobre un rey invisible que gobernaba con mano firme a todos los bubis de la isla desde las alturas de un valle misterioso e inaccesible.

A la luz de las imágenes, ni la estatura de Moka es imponente, ni sus formas son hercúleas, ni es proporcionado hablar de «la infinidad de adornos que cubrían su cuerpo». Todo lo contrario: muestran a un botuco algo entrado en años, más bien flojo y panzón, cubierto con paños europeos y adornado con algunas plumas en brazos y piernas, y solo con abalorios algo más vistosos en muñecas y tobillos; sin que por ello pierda un ápice el destello de una mirada inquisitiva y despierta. Teniendo en cuenta que, según su Hoja de Servicios, el teniente Sorela medía 1,62 metros de altura, a los que deberíamos añadir algunos centímetros de más por sus coquetas botas con pronunciado tacón (apreciable en una observación atenta de las fotografías), resulta que la diferencia de empaque que se aprecia entre uno y otro tampoco no da para otorgar a Moka un físico con el que destacar «de todos y entre todos». Por las fotos, Moka y el padre Juanola podían mirarse a los ojos desde un mismo plano<sup>51</sup>.

---

<sup>51</sup> Según Martín del Molino, «Moca empezó a reinar hacia 1875 y terminó su reinado en 1899» (Martín del Molino, 1962: 40).



**Figura 3.** Fotografías del botuco Moka junto a Sorela, Juanola y Aguirre. Según el pie de foto que figura en el álbum, en la fotografía central Sorela aparece «señalando á Moka la situación de España». Un detalle significativo en la cuidada puesta en escena de este testimonio fotográfico, es de suponer que para resaltar su pertenencia a la Marina española y la oficialidad de su misión, es el afán de Sorela por aparecer en todas las imágenes con la gorra y la casaca de la Armada, aunque sea con esta desabrochada y embutida por encima de un desaliñado terno de algodón, mucho más apropiado a los calores tropicales. En eso de vestir con filiación a pesar del clima, la palma se la lleva el padre Juanola, quien deambulaba por aquellos andurriales con la preceptiva sotana negra y esclavina cordimariana. RBPR. Fot. 309.

Si en la marcha de subida al valle de Riabba desde Concepción la comitiva hizo un alto en Kutan, en el camino de bajada no fueron necesarias las acampadas y los excursionistas llegaron a Concepción sobre las diez de la noche de aquella misma jornada, después de haber escenificado a mediodía un protocolario ritual de despedida «en medio de cordiales pruebas de afecto y simpatía». Según Sorela, el regreso hubo de ejecutarse con premura porque Navarro le comunicó (no sabemos a través de qué mensajeros) que andaba escaso de personal para el servicio de la colonia. Después de tantos «sacrificios» y con el plácet entusiasta del rey de los bubis, cuesta entender cómo un gobernador tan partidario de la política de atracción desperdiciara una ocasión semejante, y no insistiera en que el jefe de la comitiva retornara por tierra para dar a conocer a todos los «kokorocos» del lado oriental que «su rey» había acatado la sumisión al gran botuco de Santa Isabel y, por ende, al rey de España. Sorela cogió al vuelo la propuesta de regresar lo antes posible y no se hizo de rogar. Seguramente, fue el primero en darse cuenta de que Moka era un botuco más, y que lo menos conveniente para los predicamentos futuros de su gesta era romper el espejismo de la pretendida realeza ubi.

Para llenar con algún otro contenido una misión no prevista en su hoja de ruta, más allá de la gran gesta de haber hecho visible al soberano invisible, Sorela recalcó, como si de una gran novedad se tratase, dos cosas que ya se

sabían desde los tiempos del gobernador Pantaleón López Ayllón: una, que en el interior de la isla existían tierras muy aptas para el cultivo; y la otra, que los bubis alejados del entorno viciado de la capital eran gente sana y apta para el trabajo. Al día siguiente ya estaban todos de nuevo en Santa Isabel. Tedeum y banquete de bienvenida a parte, donde las ínfulas de Navarro alcanzaron su zénit fue en la prerrogativa que se otorgó de soslayar lo establecido por el Ministerio de Estado y decidir por cuenta propia que Sorela interrumpiera su misión y regresara raudo a la península «para dar cuenta al Gobierno de S. M. del resultado alcanzado por la expedición»<sup>52</sup>.

## 10. EL ARRAIGO DE UN MITO

La carta que Navarro dirigió al ministro de Ultramar narrando la hazaña soreliana (y su propio protagonismo en ella) podría figurar destacada si alguna vez se escribiera una antología de los mayores disparates en la percepción de la alteridad por parte de los colonizadores españoles. Es tan autocomplaciente y fantasiosa que no vale la pena transcribirla. Basta con un simple botón de muestra:

*Está perfectamente claro y demostrado por mí que este ha sido el gran paso para la verdadera asimilación á España de todas las tribus bubís, con el acatamiento y sumisión de Moka, representante de toda la autoridad, y aun de las creencias religiosas de todos ellos. Con este paso tan importante, dado con tan feliz éxito en las entrañas de la isla, facilísimos considero los pequeños que deben seguirlos para conseguir lo mismo de sus pueblos semi-autónomos, pero llenos de su incontrastable influencia.*

Tan considerada epístola le vino a Sorela como un anillo al dedo. No solo como excusa para regresar a España sin poner un pie en Gabón, sino como bocina con la que pregonar una gesta que, viniendo de quien venía, nadie pondría en duda en los mentideros peninsulares. En *La Ilustración Española y Americana*, la visita «al rey o *Gran Botuko* de los Bubis» por parte del «ani-

---

<sup>52</sup> Sorela partió rumbo España el 18 de diciembre de 1887, en el vapor correo *Gabon*. Conforme a su Hoja de Servicios, a principios de febrero del año siguiente el mismo Navarro fue llamado a Madrid por orden telegráfica para informar al Gobierno del estado de la colonia después de los numerosos incidentes acaecidos con la quiebra del *statu quo* en el Muni por parte francesa. No consta en ninguna parte que el interés de los ministros de Marina, Ultramar y Estado, con los que conferenció, fuera conocer de cerca el éxito de la visita de Sorela a Moka. AGMAB. 620/829. Cuerpo general, asuntos personales. D. Luis Navarro Cañizares.

moso e ilustradísimo teniente de infantería de Marina» fue presentada como una auténtica hazaña, en la que...

[...] los exploradores sufrieron con la mayor abnegación, luchando a la vez con los elementos desencadenados, con los accidentes de un camino impracticable, con privaciones numerosas, y hasta con la hostilidad de los indígenas, que ni guías quisieron dar a los expedicionarios; pero el Sr. Sorela, al frente de su comitiva, tuvo la fuerza de voluntad necesaria para triunfar en el desigual combate<sup>53</sup>.

Por fin nuestro teniente disponía en su haber de una proeza con la que acreditar su valor. Y bien que se cuidó de ello. A falta de otros méritos militares en su peculiar carrera de todo por la Armada, pero sin la Armada, se preocupó de que la transcripción completa de las cartas entusiastas de Navarro y las de los directores de los museos donde depositó los objetos recogidos durante su periplo colmasen de decoros hasta siete páginas de su Hoja de Servicios, en aquel prodigioso año comprendido entre el 1 de julio de 1887 y el 30 de junio de 1888<sup>54</sup>.

Un gran convite en loor de los exploradores, ofrecido por la flor y la nata del Ejército, redondeó el mito y le dio el codiciado lustre castrense. Tan señalado evento, dirigido nada menos que por el general Carlos Ibáñez, presidente del Instituto Geográfico Nacional de España<sup>55</sup>, se celebró el domingo 8 de julio de 1888 en el Centro del Ejército y de la Armada, con presencia, además del propio Luis Navarro, de los dos militares más renombrados en la exigua exploración española del continente africano: José Montes de Oca y Emilio Bonelli. Tres meses antes, la noche del 20 de marzo, el mismo Navarro había dado una extensa conferencia en el Círculo Militar sobre el estado en que se encontraba la colonia africana y el porvenir que según él le esperaba. En un momento determinado de su parlamento, transcrito íntegro en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, quiso recalcar, «sin falsa modestia», que fue él el primero en tomar «la iniciativa de los actos realizados» en todo lo relativo a la expedición que visitó al «gran kokoroko Moka», aunque debía reconocer que sin el teniente Navarro y demás integrantes de la expedición «no habría podido llegarse a tan trascendental logro» (Navarro, 1888: 174-76).

<sup>53</sup> *La Ilustración Española y Americana*. Año XXXII, n.º XII, p. 203. Madrid, 30 de marzo de 1888.

<sup>54</sup> Curiosamente, esta hazaña no aparece reflejada en parte alguna de la Hoja de Servicios del teniente Luis Navarro, contrariamente a lo que sucede en la del teniente Sorela.

<sup>55</sup> Presidente, asimismo, de la Asociación Geodésica Internacional y del Comité Internacional de Pesos y Medidas.



**Figura 4.** La fotografía del brindis de despedida entre Moka y Sorela, con Aguirre sujetando la bandera y Juanola situado discretamente en un segundo plano, con un paraguas abierto, fue la imagen que tuvo mayor repercusión en España al ser reproducida en forma de gravado fiel a la fotografía, por la revista *La Ilustración Española y Americana*, en su edición del 30 de marzo de 1888. RBPR. Fot. 309.

En el sentir general, África era puro exotismo, un misterio oculto entre tinieblas, y poco importaba confundir Guinea con el Congo y a supuestos reyes bubis con monarcas zulús nombrados a dedo por los ingleses<sup>56</sup>. Lo que atañía era recrear un mundo mítico, apto solo para iniciados. Esperemos que, dado su precario estado de salud en cuanto a enfermedades de transmisión sexual, el teniente Sorela no pusiera en práctica ninguna de las febriles fantasías de quien, en plena comilona, improvisó (o dijo improvisar) esta memez poética:

Pido al señor de Sorela,  
ya que con tanto entusiasmo  
nos ha hablado de la raza  
de cutis ebonizado,  
diga si el fuego que vemos  
en su precioso relato  
es debido á las conquistas  
que sin duda ha realizado  
entre el sexo femenino  
del país de Cetivayo.  
Dicen que el amor allí  
suele ser extraordinario,  
y que una negra es un horno

<sup>56</sup> Suponemos que el tal Cetivayo se refiere a Ceshwayo kaMpande (1826-1884), rey zulú hecho prisionero por los ingleses en 1879 y repuesto en el trono por los mismos ingleses en 1883, aunque bajo estricto control del ejército británico.

no de color de alabastro.  
 Si es así, comprendo bien  
 de Sorela el entusiasmo,  
 y al Congo me voy corriendo  
 si me promete en el acto  
 de aquellas mórbidas Filis  
*un numeroso serrallo.*<sup>57</sup>

## 11. CONCLUSIONES FINALES

El contenido de los documentos analizados en este artículo nos lleva a tres conclusiones. La primera, relativa a las ambiciones del teniente Luis Sorela; la segunda, en concordancia con los afanes del gobernador Luis Navarro y del misionero Joaquín Juanola; y la tercera, en cuanto al mito de la pretendida realeza bubí. Así, podemos afirmar que la excursión al valle de Riabba, interesadamente magnificada, sirvió al teniente Sorela de trampolín para sus ascensos dentro de la Armada. Dada su escasa vocación marinera, este inesperado episodio le permitió acceder a lo que en un futuro daría sentido y empujaría su carrera militar: la lucha contra el esclavismo y el ingreso al cuerpo diplomático. Alineado a este mismo oportunismo podemos situar las aspiraciones del gobernador accidental Luis Navarro, quien no solo alentó la excursión con miras políticas para promocionar la denominada política de atracción, sino que la valoró como una oportunidad para su promoción personal. En otra línea, pero respondiendo también a sus propios anhelos, pueden situarse los afanes del padre Juanola, quien vio en la entronización de Moka la posibilidad de contar con un interlocutor útil para el fomento de las misiones católicas en un entorno hostil. Sin embargo, la conclusión más relevante y definitiva que podemos extraer es que el primer contacto de los colonizadores españoles con el monarca invisible desvanece por completo la leyenda de la existencia de un protoestado bubí: ni Moka era rey, ni era cierta la fantasía de su invisibilidad. Si esta ficción se mantuvo fue solo por los réditos que reportó a sus mentores.

---

<sup>57</sup> *La Época*. Domingo, 8 de julio de 1888.

## FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo General de la Administración (AGA). Alcalá de Henares (Madrid).  
 Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (AGMAB). El Viso del Marqués (Ciudad Real).  
 Real Biblioteca del Palacio Real (RBPR). Madrid.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ CHILLIDA, GONZALO (2020): «Claves de la historia colonial española de Guinea Ecuatorial, en *Guinea Ecuatorial (des)conocida, (lo que sabemos, ignoramos, inventamos y deformamos acerca de su pasado y su presente)*». Madrid: UNED.
- ARANZADI, JUAN (2018): «Leyendas e historias sobre el reino de Riabba (algunos indicios para una sospecha)». En: *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 109, pp. 59-83.
- (2018): «Historias claretianas sobre el rey de Moka». *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 109, pp. 85-107.
- Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid (BSGM)*. Tomo XV, segundo semestre de 1883, pp. 46-53.
- DE CASTRO, MARIANO L. (2021): *Guinea Ecuatorial: Colonización y conflicto (1778-1931)*. Madrid: Sial/Casa África.
- FERNÁNDEZ, CRISTÓBAL (1962): *Misiones y misioneros en la Guinea Española. Historia documentada de sus primeros y azarosos días*. Madrid: CO.CUL.SA.
- FERNÁNDEZ MORENO, NURIA (2013): “Bubi Government at the End of the 19th Century: Resistance to the Colonial Policy of Evangelization on the Island of Bioko, Equatorial Guinea”. En: *Nordic Journal of African Studies* 22, pp. 23-48.
- GARCÍA CANTÚS, DOLORES (2004): *Fernando Poo: una aventura colonial española en el África occidental (1778-1900)*. [Tesis doctoral]. Departamento de Historia Contemporánea. Universitat de València.
- HUTCHINSON, THOMAS J. (1858): *Impressions of Western Africa*. London: Logman.
- JANIKOWSKI, LEOPOLD (1887): «La isla de Fernando Poo, su estado actual y sus habitantes». En: *BSGM*, tomo XII, n.º 1-2, enero. pp. 67-77; y n.º 3-4, marzo, pp. 201-211. *La Época*. Domingo, 8 de julio de 1888.
- La ilustración española y americana*. Año XXXII, n.º XII p. 203. Madrid, 30 de marzo de 1888.
- MARTÍN DEL MOLINO, AMADOR (1962): «La familia real». En: *La Guinea Española*, año LIX, n.º 1553, pp. 37-40.
- NAVARRO CAÑIZARES, LUIS (1888): «Ligeras consideraciones sobre las Posesiones Españolas del Golfo de Guinea». En: *BSGM*. Tomo XXIV. Enero 1888, pp. 157-186.
- PLASENCIA CAMPS, INÉS (2017): *Imagen y ciudadanía en Guinea Ecuatorial (1861-1937): del encuentro fotográfico al orden colonial*. [Tesis doctoral inédita]. De-

partamento de Historia y Teoría del Arte. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid.

PUJADAS, TOMÁS L. (1968): *La Iglesia en la Guinea Ecuatorial. Fernando Poo*. Madrid: Iris de Paz.

*Revista Antiesclavista*, n.º 16, febrero, marzo, abril y mayo de 1894, pp. 266-269.

ROBLES MENDO, CARIDAD (1946): «Exploradores científicos de la Guinea». En: *Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología*, n.º IV, pp. 70-80.

SANTOS MORO, FRANCISCO DE (2014): «Las formas de representación del africano en el Museo Nacional de Antropología». En: *Anales del Museo Nacional de Antropología*, n.º 16, pp. 234-263.

SIALE DJANGANY, JOSÉ FERNANDO (2016): «Ësáasi eweera: en el laberinto del estado dual». En: *Éndoxa: Series Filosóficas*, n.º 37, pp. 169-198. Madrid: UNED

SORELA GUAXARDO-FAXARDO, LUIS (1884): *Les possessions espagnoles du Golfe de Guinée. Leur présent et leur avenir*. París.

— *Alemania en África*

— (1893): *El comercio en el África Occidental*. Madrid: Imprenta y litografía de los Huérfanos.

— (1893): *Notas de una misión en la República de Liberia*. Madrid: Imprenta y litografía de los Huérfanos.

— (1894): «Una expedición al país de los bubis». En: *Revista antiesclavista*. Febrero-mayo de 1894, pp. 266-289.

— (1901): *Aventuras y desventuras: Ampliación a mi hoja de Servicios*. Luis Sorela y Guaxardo. Comunicación dirigida a la reina regente M.<sup>a</sup> Cristina. Madrid: Real Biblioteca del Palacio Real.

TOFIÑO y QUESADA, IÑAKI (2020): «Stefan Szolc-Rogozinski: un viajero polaco en el golfo de Guinea». En: *Estudios de Asia y África*, vol. 56, n.º 1, pp. 125-150.

VILAR RAMÍREZ, JUAN BAUTISTA (1970): “España en Guinea Ecuatorial (1778-1892)”, en *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XXVIII.

VILARÓ I GÜELL, MIQUEL (2019): *La colonización de la cruz en la Guinea Española*. Alcanar: CEIBA. Laboratorio de recursos orales: Estudios.

## RESUMEN

En este artículo se exponen los pormenores de la expedición al valle de Riabba que el teniente de infantería de Marina Luis Sorela Guaxardo-Faxardo realizó por encargo del gobernador accidental Luis Navarro Cañizares entre los días 24 de noviembre y 6 de diciembre de 1887, cuyo objetivo principal era entrar en contacto con el misterioso botuco Moka, considerado por los colonizadores españoles el rey invisible de los bubis. El oportunismo y la fantasía de sus protagonistas, junto a la falta de criterio en los centros de poder metropolitanos, elevaron a la categoría de hazaña mítica lo que no dejó de ser una simple excursión a uno de los parajes naturales más bellos de Fernan-

do Poo. En lugar de desmentir la ficción, el breve encuentro de Sorela con Moka sirvió para reforzar la falsa idea de que en la isla existía un protoestado indígena.

*Palabras clave:* Luis Sorela, Luis Navarro, Joaquín Juanola, Moka, Riabba, Fernando Poo, Botuco, Kokoroko, Realeza bubi, Infantería de Marina, Sociedad Geográfica de Madrid.

### ABSTRACT

This article presents the details of the expedition to the Riabba Valley that Marine Infantry Lieutenant Luis Sorela Guaxardo-Faxardo carried out at the request of the accidental governor Luis Navarro Cañizares between November 24 and December 6, 1887. His main objective was to come into contact with the mysterious botuco Moka, considered by the Spanish colonizers the invisible king of the Bubi. The opportunism and fantasy of its protagonists, together with the lack of criteria in the metropolitan places of power, elevated to the category of mythical feat what was a simple excursion to one of the most beautiful natural places in Fernando Poo. Rather than disproving the fiction, Sorela's brief encounter with Moka served to reinforce the false idea that an indigenous proto-state existed on the island.

*Keywords:* Luis Sorela, Luis Navarro, padre Juanola, Moka, Riabba, Fernando Poo, Botuco, Kokoroko, Realeza bubi, Infantería de Marina, Sociedad Geográfica de Madrid.